

TESTIMONIOS

PUERTA SIN LLAVE: DOS VIAJES A LA HABANA.

Andrés Eloy Blanco

MI PRIMER VIAJE, HACE VEINTICINCO AÑOS

Entre los apuntes para el "Memorial" de mi vida, que publicaré íntegramente cuando pueda dedicarle el debido tiempo a esa labor, están los recuerdos de mi primero y segundo viajes a Cuba. Acabo de recibir los cuadernos del "Memorial"; he traído conmigo el que contiene mis apuntes de 1924 a 1925, para leerlos y releerlos aquí, en el tramo más hermoso de andar y de mirar, entre cuantos he mirado y andado en la ciudad de La

Habana: el que puede recorrerse a pie, partiendo del Malecón, siguiendo el Prado hasta el Parque Central, cruzando la plazuela de Albear, marchando por Obispo hasta la Plaza de Armas, para ir desde allí, por Tacón, a descansar en ese trozo de Segovia, que es la flor de La Habana y se llama la Plaza de la Catedral. El recorrido hace sudar y cansa, cuando se hace para llegar a tiempo a alguna parte, o para no perder algún negocio; pero no cuando se va lentamente, llevando entre las manos un cuaderno en cuyas páginas el espíritu va transitando veinticinco años de recuerdos.

Había ido a la Península en 1923 a recibir un premio literario. La Asociación de la Prensa de Santander abrió un Certamen para premiar un Canto a España. Yo comenzaba por entonces a ejercer, en los llanos de mi tierra la profesión de abogado, oficio que debía abandonar al darme cuenta de que en mi país, para ese tiempo, el poder judicial era un pequeño predio del Poder Ejecutivo. Envié un poema al Concurso y el Jurado, que lo fue la Academia Española de la Lengua, le otorgó el premio de veinticinco mil pesetas, que me permitirían realizar un sueño, inaccesible hasta entonces a mis posibilidades pecuniarias: el viaje mismo.

Pasan apresuradamente por el cuaderno las notas de viajes por España, Francia, Italia y la vida en Madrid, inolvidable. Pero se agotaban las pesetas y se ganaba poco. Precisaba regresar a la Patria, temporalmente, lo preciso para afianzar en lo posible una mayor permanencia en la proyectada vuelta a España. El gobierno de Gómez, por razones que el "memorial" recoge, quiso proporcionarme la ocasión de permanecer en España, pero yo supe traducir perfectamente que el gobierno sólo quería proporcionarme la ocasión de no volver a Venezuela. Y no es que yo fuera nadie de importancia en la política de mi tierra; pero ya había hecho mis primeras armas en las filas estudiantiles, había dicho mi primer discurso contra la tiranía en una calle de Venezuela y había recibido los primeros porra-

zos de la policía de Gómez, en la Plaza Bolívar, una tarde en que cuatro muchachos sacudimos a Caracas con el pretexto de un homenaje a Bélgica martirizada. Probablemente la calidad de poeta laureado me daba cierta importancia y hacía el ofrecirme algo que me alejara de posibles conmociones patrióticas. Lo cierto es que, cumpliendo órdenes recibidas de Caracas, mi buen y querido amigo Alberto Urbaneja, Encargado de Negocios de Venezuela, me ofreció una jugosa representación diplomática; y como el criterio oficial daba por descontada mi aceptación, dejaron traslucir a la prensa el ofrecimiento y algunos periódicos de Madrid publicaron la noticia.

Rechacé la oferta. No lo hice en forma altiva sino alegando poco interés por la política; y procedí de esa manera porque en su carta de felicitación con motivo de mi premio, Pedro Elías Aristiguieta me reclamaba mi triunfo literario como comienzo de nueva y más grande responsabilidad. El acceso a una mayor categoría intelectual constituía, según él un compromiso con Venezuela, al servicio de cuya liberación había que ponerlo todo. Y para que mi aporte pudiera tener efectividad, era necesario conducirse de tal modo que no se me cerrara en forma alguna la posibilidad del regreso a Venezuela.

Mi primera intención fue tomar un barco francés que me llevara directamente a La Guaira. Pero los planes cambiaron por obra de dos españoles y dos cubanos. La idea de una temporada en Cuba, antes de seguir a Venezuela, surgió de labios de un amigo que nunca, en años posteriores, desmintió su sinceridad para conmigo: Lorenzo Frau Marsal. En la casa madrileña del "Diario de la Marina", donde días antes había reunido, para obsequiarme, a un buen grupo de intelectuales, Frau, comenzó por asomar la posibilidad de mi paso por La Habana y concluyó por entusiasmarse y entusiasmarme con el proyecto. A esto se unía el deseo personal de conocer a Cuba, que desde la infancia me llegaba envuelto vagamente en los aires de la habanera "Tú". Precisamente, en esos días andaba por

Madrid, Sánchez de Fuentes, hermano del gran autor de "Doreya"; y fue en señalada ocasión para mí, cuando conocí al otro cubano que, como buen invasor, debía ser culpable de mi invasión a Cuba. Y es bueno de contarse una vez más el caso, porque con él comienza en realidad mi viaje.

Celebrábase una gran reunión social e intelectual en el salón del "Hotel Palace", por esos días, con motivo de la ejecución, por medio del garrote vil, de los salteadores del correo de Andalucía, yo había escrito un poema contra la pena de muerte; las autoridades de censura del Directorio Militar español habían prohibido la publicación del poema. Pero en aquella tarde del "Palace", un grupo de escritores, entre los que estaba Doña Lola de Río, con su hija Patria y su yerno Fernando Sánchez de Fuentes, me pidieron la recitación del poema prohibido. Recuerdo que se intitulaba "Elegía del Nueve de Mayo" —tal día como este en que escribo estas líneas—. Casi al finalizar mi recitación, una voz descompuesta me interrumpió para decir que mi poema era una impertinencia. No podía yo, desde mi sitio, saber a quién pertenecía aquella voz muy propia para alzarse frente a Savonarola. Pero tuve que interrumpir momentáneamente mi tarea para escuchar, como todos los presentes, el diálogo que de inmediato se formó, en tono mayor y crescendo progresivo entre la voz de marras y otra que irrumpió, como dicen los cubanos "arrancándole para arriba" a la primera:

—Impertinencia es la suya al interrumpir al poeta.

—Ese poema es muy malo.

—Ese poema es uno de los más hermosos que han tenido la desgracia de sonar en sus tímpanos.

—Yo no estoy hablando con usted.

—Naturalmente, que usted no puede estar hablando

conmigo, porque para hablar conmigo hay que ser alguien y decir algo.

Allí terminó el diálogo; continué yo mi recitación y al concluir, quise conocer, tanto al agresivo atacante como a mi generoso defensor. El primero era un señor Conde y su agresividad había amainado de modo sorprendente ante la actitud resuelta de su adversario, cuya amistad inquebrantable me acompaña desde aquel día hasta estos en que ambos tenemos "un poco más grave el labio y un poco más blanco el pelo": Lucilo de la Peña.

Días después, en un almuerzo a Eduardo Abela, Lucilo, ya no a manera de sugestión, sino en forma cordialmente imperativa, resolvía que yo tenía que venir a La Habana. A su entusiasmo y al de Frau se agregaba el de dos españoles: Tomás Rivero y Pepe Segura, propietario y Director respectivamente del diario santanderino "El Cantábrico".

Salí para Cuba en el vapor Alfonso XIII; me precedían telegramas y cartas de los Ateneos de Madrid, Sevilla y Santander, de Alfonso Hernández Catá, Emiliano Ramírez Angel y Angel Lázaro. A bordo, además de algunos pecadores, venía un grupo no menor de cincuenta monjitas. La Madre Superiora y la Hermana Alejandra fueron, en realidad, la alegría del viaje, porque, sin perjuicio de su noble recato, ofrecían a los viajeros el regalo de su charla salpicada de anécdotas y de sus chistes de purísima ley andaluza. Venía también un ingeniero vasco, alto, vigoroso, como un galán de cine, todo ello para desgracia mía. Porque fueron su gallarda presencia y mi escuálida humanidad protagonistas de mi primer encuentro con la mujer cubana.

En efecto, la directora de un colegio habanero acogió con generoso entusiasmo mi "Canto a España" y al tener conocimiento de mi llegada proyectó ir al muelle acompañada de sus

discípulas. Cuando el barco atracó, el muelle de La Habana me ofrecía el friso blanco del colegio alineado. La primera en la fila, una hermosa muchacha, llevaba un ramo de flores para ofrecerlo al poeta en nombre de su maestra y de sus compañeras. Cuando venían entrando al barco, mi amigo, el ingeniero vasco, el capitán Gibernau, el médico de a bordo y yo formamos respetuosa columna. El pelotón de muchachas irrumpió en cubierta. La linda niña de las flores avanzó unos pasos y pronunció unas palabras para ofrecer el ramo al poeta del "Canto a España". Concluyó; estiré los brazos, y la niña entregó las flores al ingeniero vasco. Después, cuando el ingeniero puso en claro las cosas y en mis manos las flores, pude ver la disimulada decepción que bajaba de los ojos de la linda habanera; porque, de haber sido yo el ingeniero y el ingeniero el poeta, tal vez aquella musa de las flores pudiera haber llegado a ser la habanera "Tú"; para mí tenía que seguir siendo la habanera "Usted".

En el muelle, además, me esperaban compatriotas en curiosa distribución: de un lado, Rafael Angel Arraiz y Modesto Peyer Urbaneja, Ministro y Secretario en la representación diplomática de Venezuela en Cuba; del otro lado, a buena distancia, los desterrados: Aristigueta, Ramos Sucre, Gustavo y Eduardo Machado, Salvador de la Plaza, Hernando Rodríguez del Toro, Silvita... Con ellos algunos escritores cubanos. Más curioso aún fue el brindis que se hizo en el salón del hotel; los diplomáticos de Gómez se sentaron a mi derecha; los desterrados a mi izquierda; todos hablaban conmigo, pero ellos no se hablaban.

Al promediar la conversación vino un brindis que ofrecía un venezolano que no estaba presente en el salón; reclamé su presencia y su nombre y el empleado del hotel me manifestó que ese compatriota era enemigo del gobierno de Gómez y no quería presentarse de inmediato para evitar "hacerme daño" ante los diplomáticos del Dictador. Repliqué agradeciendo la delicadeza del compatriota pero reclamando de nuevo su presencia. Y entró

al salón el doctor Alejandro Rivas Vázquez, hombre de proverbial gentileza. Y luego fue Nicolás Hernández, hijo del "Mocho" Hernández, viejo caudillo que fuera ídolo de las mayorías venezolanas. Y el coronel Agostini, una de las figuras más austeras y nobles de la Resistencia. Y Rafael Nogales Méndez, general venezolano, general alemán y general turco, invasor de los andes, expugnador de fortalezas en Armenia y elogiado lugarteniente del Mariscal Von der Goltz. Y Francisco Laguado Jaime, poeta y periodista. Y muchos otros compatriotas que andaban dando vueltas a la patria, en busca de la rendija de entrar y combatir.

De las hojas amarillas del cuaderno, y a la luz vespertina que se arremansa en el cuenco de la plaza, frente a la Catedral, van saliendo a flote los recuerdos y me miran, cordiales, como bañistas que se hubieran zambullido en aquellos buenos días para emerger ahora en un milagro de resistencia, frente a los ojos peregrinos. De las visitas a los diarios habaneros resalta el episodio del joven periodista que pretendía arrancarme entre la actitud conminatoria del periodista, mi conciencia revolucionaria y la mirada de los compañeros venezolanos que me recordaban la necesidad perentoria de no cerrarme el camino de Venezuela. Para aquel joven redactor lo natural y lo honesto era que yo tirara por las bordas las conveniencias de mi viaje a Caracas y hasta el sentido de consigna y de lucha que ya surgía con urgente reclamo de aquella carta de Pedro Elías. Por cierto que de nada valió la faena realizada a fin de que fueran disimulados en el reportaje los aspectos políticos de la entrevista; porque los lectores oficiales de la dictadura supieron calar el sentido figurado y hasta figurarse lo demás del sentido; y esto debía repercutir en forma de vigilancia en días posteriores.

De los actos públicos recojo los apuntes dedicados a las fiestas con que tuvieron a bien obsequiarme el "Casino Español" y el "Centro Andaluz".

De esta última fiesta mantengo y he de mantener imborrable memoria. Por cierto que en ella ocurrió algo muy andaluz; porque después de un programa serio, con música y recitación, pasamos un grupo numeroso de hombres al patio sevillano y allí, junto al madrinazgo de la cantina hicimos un programa no apto para damas, en el que floreció una valiosa antología de chistes y coplas andaluzas de reservado pronóstico.

Otro recuerdo amable es el de un acto celebrado en el Teatro "Martí". Un compatriota mío, buen actor y buen ciudadano, debía recitar allí mi "Canto a España". El actor se apellidaba Bolívar y mi pueblo le llamaba cariñosamente "Bolivita". Con hermoso ademán y emocionado acento comenzó mi compatriota a declamar; pero no había llegado aún a la segunda estrofa cuando sufrió el primer olvido; y de allí en adelante, en un heroico esfuerzo, todo fue tropezar, olvidar, recordar, sudar y sufrir para mi querido Guillermo Bolívar. Y después, al salir del Teatro, cuando yo le abrazaba y los compañeros le daban palmadas comprensivas. "Bolivita", aludiendo al "Canto a España", me dijo:

—Hermano, los Bolívar estamos acabando con la Madre Patria.

Desde la misma noche de mi llegada hice contacto con un grupo de cubanos jóvenes que, desde ángulos distintos, debían dar a Cuba grandes horas de acción, de pensamiento y de pasión. Y no les conocí en ceremonias estiradas, sino en la más simple forma peripatética, en la acera del Louvre, en el Prado, en "Martí", en el Parque Central. Y finalmente, al otro día, en el "Inglaterra". Citaré, apenas, nombres que figuraron o no en el Grupo Minorista. Y en una segunda evocación para BOHEMIA hablaré de mi segundo viaje a Cuba, más fecundo que el primero en afirmaciones espirituales. De aquellas dos exploraciones de la posibilidad cubana, realizadas en 1924 y 1925, con distancia

de ocho meses entre los dos viajes, daré apenas una impresión superficial; pero no podrá ser sino en un trabajo de mayor extensión y de más lento recogimiento, donde tendré que explicar de algún modo lo que significa para mi formación intelectual el lapso comprendido entre el mes de julio de 1924 y el mes de septiembre de 1925, equivalente a lo que en mi "Memorial" designo con el nombre de "mi zona cubana". Sólo he de consignar ahora, por lo que pueda interesar a algún amigo de mi obra, que esa zona realiza ya, en principio, una transformación completa en mi actitud, porque inicia un cambio de frente en las motivaciones líricas y un traslado radical en la manera de oficiar. Es con orgullo como confieso y confesaré siempre la influencia humanizante de aquel período que se inicia en Madrid, ante el espectáculo de tres hombres ahorcados, se ensancha y cuaja en La Habana, frente a una conciencia literaria y colectiva afrontadas para fecundo entendimiento y se realiza plenamente en los calabozos de La Rotunda y Puerto Cabello.

Subrayadas están en mis notas las emociones profundas que marcaron los momentos fugaces en que me fue dado ir a la presencia de Enrique José Varona y de Manuel Sanguily, ya próximo a la muerte. Esas emociones las debo a Juan Antiga, a quien no vacilo en colocar entre los jóvenes de la minoría sabática, a pesar de su edad. Y de los apuntes mismos brota la inquietud del espíritu metido en las encontradas reacciones que provocara la presencia de conciencias disímiles en proyección, pero orientadas todas al empeño de creación constructiva, remunerativa, en el sentido cubano y humano del rendimiento del alma colectiva. Minoristas o no, formaban un conjunto que, de haber figurado en Francia, en momentos propicios, habría tenido influencia internacional indudable.

A Julio Antonio Mella le conocí en una carpintería. No sé por qué, su alta y limpia figura me recordó aquellos canalones coloniales de las casas de mi tierra. Acaso porque en los días de

lluvia, por aquellos canalones bajaba incontenible, el agua clara y pura, que es la mejor traducción de la justicia generosa. Y ese mismo día conocí una de las más extraordinarias figuras de la juventud americana de cualquier tiempo: Rubén y Julio Antonio siguen siendo orgullo de la juventud continental y ejemplo de lo joven, en su concepto responsable.

Mella, Martínez Villena, José Antonio Fernández de Castro, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Juan Antiga, Juan Marinello, Alejo Carpentier, Lucilo de la Peña, Francisco Ichaso, José Zacarías Tallet, Francisco Leza, Alberto Lamar Schweyer, Enrique Serpa, Lescano Abella, Eduardo Avilés Ramírez, Andrés Núñez Olano, Conrado Massaguer, Miguel Baguer, García Cabrera, Suárez Solís, Mariblanca Sabas Alomá y tantos otros, habían de tener posteriormente, cada uno su camino. Solidarios o distanciados en las luchas siguientes nadie podrá negar que, en aquella hora significaron un movimiento de repercusiones indudables en la conciencia cubana. Y mi paso por ese grupo realizó mucho en mí.

También los compatriotas míos de esos días habían de dejar la encrucijada. El Coronel Agostini murió en Cuba, digno y pobre, lejos de su anhelo de Patria. Rodríguez del Toro, Nicolás Hernández, Nogales Méndez, están muertos. Otros siguen en la lucha, con trincheras diversas y constancia pareja. Y Francisco Laguado Jaime fue el de sino más triste. Después de haber dirigido en La Habana el periódico "Venezuela Libre", fue preso por influencias del gomecismo diplomático. Le echaron a la bahía, en la ruta de La Cabaña. Unos pescadores encontraron su anillo matrimonial en el vientre de un tiburón. Es el caso de recordar una vez más la hermosa leyenda que nos cuenta Panait Istrati en "Nerránsula": Una mujer encinta cogió un grano de uva de un racimo que pertenecía al Pachá. El soberano, indignado, hizo abrir el vientre de la mujer. Y encontraron que el grano de uva se hallaba en la boca del hijo que llevaba en su vientre.

En el vientre de un pez, de una madre o de un tierra, el anillo de Francisco Laguado ya era y sigue siendo el testimonio de un compromiso con la Patria.

MI SEGUNDO VIAJE A LA HABANA

La simpática amiga habanera de hoy, quien tendría dos o tres años para la época de mi primero y segundo viajes a esta tierra ha sonreído, con sonrisa de desencanto, al leer el relato de mi primer viaje a La Habana, hace veinticinco años. Mi amiga conserva un sentido adolescente de la aventura. No es que su candor llegue hasta la bobería de haberse figurado, cuando le prometí referir mi primero y segundo viajes a esta tierra, que se iba a encontrar con islas descubiertas, disparos en la noche o espléndidas luchas de manigua. Pero, ella sabe que he pasado temporadas en la selva, en la cárcel y en llanura y si no esperaba tan rústicas hazañas o trágicos momentos como los que suelen realizarse en tales sitios, por lo menos pretendía encontrar en la "reláfica" lances de amor y episodios de riesgo personal. En realidad, el progreso en todos sus aspectos va haciendo cada día más escasas las aventuras geográficas; en cuanto a las de tipo galante, quien tenga un buen surtido de ellas, bien podría reservarlo para un hermoso libro de confesiones o guardarlo en la vitrina de sus recuerdos sentimentales.

Queda, indudablemente, mucho campo para aventuras en el terreno de la ciencia, y hasta en el terreno del sacrificio. Pero ya va siendo tiempo de pensar en el interés que pudieran despertar en los públicos otras formas de aventuras. Acaso pudiera ejercer saludable función pedagógica el relato de un nuevo tipo de descubrimientos. Y en ocasión de un acto consagrado a la memoria de un poeta, he traído oportunidad de recordar, cómo nacimos en una tierra de mística telúrica, donde no es posible separar las andanzas del ser, de las andanzas del

suelo. Y acaso la aventura de descubrirse tenga tanta zarza colombista, como la aventura de descubrir. No hay que confundir los caminos y peripecias de la persona con los caminos y peripecias de la personalidad. Si lo que la aventura tiene de hecho inopinado, fortuito o sorprendente lo concebimos con cámara lenta no carecería posiblemente de interés, del intelecto desde los moldes olímpicos del pensador a los moldes innumerales de la masa es también una aventura, en lo que tiene de ventura la aventura y en lo que fue de venturoso el aventurero.

No transcurrió un año entre el día en que dejé La Habana y el día en que volví a ella, en mi segundo viaje. Venía de un apasionante recorrido por tierras de Maracaibo y Panamá. Mi primera visita fue para llevar unas camisas, unos zapatos y unos calcetines al grupo de compatriotas amigos que había plantado su tienda de exiliados en un modesto piso de la calle Teniente Rey. Allí vivía con los hermanos Norman, los Machado, de la Plaza y cuantos llegaron en busca de refugio; con ellos y con categoría de persona y voz predominante, asistir a las marchas de un espíritu, que en virtud de acontecimientos propios, ajenos o ambientales, realiza incursiones y traslaciones que lo conducen a veces a una definitiva transformación, que sin duda alguna tiene también su épica.

Aventura es la ocasión en que aquel que siempre pensó en sí mismo, empieza a pensar en los demás; aventura es el paso lento y desgarrador de la conciencia yoista a la conciencia colectiva, aventura es el impacto moral de la presencia de un cadalso, para hacer despertar a posibilidades y responsabilidades al contemplativo del arte. Por eso, cuando algún amigo llegue a leer en mis memorias futuras, encontrará que aquel paso de lo individual a lo colectivo, que aquella empresa de extraversión vivía y se paseaba de dormitorio en dormitorio el gallo "Alejandro", que atendía por su nombre y acudía a la puerta para cantar y hacer ruedas a las visitas de consideración.

En el cuaderno de recuerdos, las notas se hacen más apretadas y copiosas que las del primer viaje. Alternan los apuntes personales con los que se refieren a la política cubana de la época. De éstas, señalaré apenas lo que recoge y condensa la conducta de la juventud intelectual minoritarista en las vísperas de una recia lucha; y por lo que a mí se relaciona, el rebote del contraste entre la función aislada del intelectual venezolano de entonces y la función rebotada de su colega de Cuba. Transcurría, para esos meses, el primer período presidencial del General Gerardo Machado Morales; ese primer ejercicio constitucional se anotó, indudablemente, realizaciones positivas; pero ya asomaba el presagio de lo que había de venir, en hechos desventurados, como los asesinatos del Director de "El Día", Comandante Armando André y del líder Varona y los ataques al batallador Aurelio Alvarez. A estos nubarrones se enfrentaban los jóvenes intelectuales preparándose, pero no en cónclave de iniciados ni en programas de formación de élites indiferentes, sino en acción radiante, que buscaba ávidamente marcar su sello en la conciencia nacional; unos, como Mella y Martínez Villena, yendo directamente a las masas, organizándolas, formando núcleos, peleando en incansable faena de capacitación del trabajador cubano; otros, aupando la propia obra literaria hasta alzarla como palma, de manera que el pueblo pudiera ver en el copete la sustancia social, el cogollo de preocupación fraterna y angustiada de los que se adelantaban a poner su pensamiento al servicio de la formación nacional.

Las tertulias literarias no perdían ni un momento su carácter mixto de arte y política, en el alto sentido social de esta palabra. Los jóvenes pensadores alternaban sus reuniones con visitas a las casas de varones ejemplares, que acendrabán su pensamiento, afinaban su experiencia y estimulaban su acción. Varona, Sanguily, Márquez Sterling, Coyula —a quien se debe todavía un homenaje mayor— tuvieron la alegría de no encontrar en aquellos jóvenes el sarampión iconoclasta que caracteriza a las generaciones meramente intelectualizadas. Y los discípulos

los gozaron la fortuna de encontrar en su camino a Maestros impolutos. La conducta de aquel grupo se resumía en esa actitud del espíritu irradiado, conducta y actitud que debía servir después para el encauzamiento de la resistencia y de la acción contra la dictadura.

Para explicarse bien por qué el ambiente cubano de esa hora tenía que repercutir en mi espíritu, veamos, como contra mano, la forma en que se movían los intelectuales venezolanos de la misma generación. Ante todo hay que decir que los que pudieron ser maestros estaban clasificados en tres grupos: el primero, numerosísimo, una legión de viles corruptos al servicio de la tiranía; el segundo, un pequeño núcleo de presos en la Rotunda y en los castillos; y el tercero, que podría contarse con los dedos de una mano vivía en tales condiciones de vigilancia y de sospecha, que los mismos jóvenes nos absteníamos de visitarles con frecuencia, por temor de dañarles.

La juventud intelectual podía también agruparse en parcialidades distintas: primera, una falange de incondicionales que aspiraban a sustituir en el favor dictatorial a los grandes corruptores; segunda, los que escondían la irresponsabilidad en la indiferencia y el miedo en el apoliticismo; tercera, los que aspiraban a derribar el sistema, pero a base de personalismo y se constituían en secretarios o amanuenses o simples adláteres de caudillos conspiradores con la ambición de dirigirles después y sin la más remota idea de transformar el régimen social y político, y cuarta, en fin la pequeña parcialidad juvenil que encarnaba la definitiva inconformidad; y entiéndase que no todos los jovencitos estaban entre ellos, porque también había mozos imberbes sirviendo de payasos en la corte de Maracay. En semejante situación, una tertulia literaria en Caracas era una mezcla de palabras y susurros, en la que se hablaba de poesía en voz alta y de política en voz baja. Se vivía en el temor del espionaje y hasta hubo buen señor que sólo realizaba pronunciamientos revolucionarios al oído de la esposa, con el cuarto cerrado y la luz apagada.

Pero la falta de formación política exageró la desconfianza y llegó a deformarla, porque de quien más se desconfiaba era del hombre del pueblo, por creerlo el menos preparado y el más fácil de sobornar, cuando en realidad es el más puro, además de ser el material indispensable, único y obligatorio para el trabajo de la construcción nacional. La falta de conexión del intelectual preocupado con la masa, por un lado, y con buenos maestros por el otro, daban al grupo venezolano, en comparación con el cubano, una fisonomía tal, que podría asegurarse, ya en el campo de la metáfora, que nosotros, venezolanos de tierra firme, éramos isleños mientras ya los jóvenes cubanos cobraban con su pueblo enlazamiento continental. Con estas reflexiones quedará bien explicada la repercusión que en mi conducta y hasta en el rumbo de mis motivaciones había de tener el contacto con el Grupo Minorista, y como yo, que venía en mi segundo viaje a cumplir comisión reservada que casi me embarcaba en el proceso de una revolución personalista, volví a mi patria con el firme propósito de combatir con todas mis fuerzas y en todos los frentes el monstruoso flagelo hispanoamericano del personalismo.

Llenos están, además, aquellos días, de recuerdos personales que ahora sacuden las cenizas y que remozan la emoción. Del cuaderno van pasando a las cuartillas con recogido paso. Pedro Elías Aristigueta, a quien debía dar de viva voz un informe de Juan de Dios Gómez Rubio, purísima figura de la resistencia venezolana, guerrero impávido y amigo sin par, estaba preso en La Habana, el cañonero "Angelita" que debía transportar a Venezuela la expedición y el parque revolucionarios, estaba embargado; hacíamos colectas para que Feliciano Montenegro o el doctor Rivas Vázquez gestionaran en Estados Unidos un préstamo menor de \$20.000.00 para salvar el buque; Doroteo Flores, el legendario general de mi tierra, ahijado de mi padre, Doroteo Flores el jefe del célebre batallón "Vengador" en la revolución anticastrista, tenía que dormir en un colchón en mi pequeño cuarto de la calle Lamparilla, porque se negó

rotundamente a aceptarme la cama; el general Arévalo Cedeño, guerrillero de nuestros llanos, nos invitaba a celebrar la fecha de nuestra independencia y nos regalaba una corbata amarilla, azul y roja, colores de nuestra bandera, con el ruego de que la lleváramos puesta a la fiesta que ofrecería en los jardines de La Tropical; y Nicolás Hernández nos leía trozos de sus libros de recortes, volúmenes gigantescos en los que el minucioso compatriota pegaba pedazos de la prensa venezolana en los que figuraban, como recordatorio de la poca vergüenza, hasta los que asistían a los bautizos de las criaturas del gomecismo.

Los cubanos compartían nuestras angustias con fraternal solicitud y hasta hubo quien se alistara para la fraguada expedición. Y desde el campo de actuaciones ajenas al problema, también acuden los recuerdos: ya es aquella comida, organizada por Rubén, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Lucilo, Antiga, y Miguel Baguer, en la que los intelectuales colmaron, para festejarme el comedor del Saratoga; ya es aquella otra comida del Martí, al aire libre, en la que Don Enrique Fontanills, en frases regocijantes, hacía la comparación de su plato con el suyo; ya eran aquellos paseos nocturnos en los que el Conde Kostia, en el marco propicio de la plaza de la Catedral recitaba parlamentos de Calderón y de Zorrilla o refería anécdotas de Antonio Vico y de Ricardo Calvo; ya eran las tertulias hasta la madrugada en ancha rueda en que pontificaban, por turno, Enrique Serpa, Lezcano Abella, Enrique Uthoff Limia, Marinello o Emilio Roig de Leuchsenring, uno de los principales promotores de aquella minoría salvática.

Fue en el bufete de Roig, en su propia maquinilla, donde escribí, en agosto de 1925 mi "Carta a Udón Pérez", el 18 de septiembre mi soneto "Este Lucilo de la Peña", y en ese mismo mes de septiembre mi poema de "Las tres velocidades", cantos atropellados al automóvil de Miguel Baguer.

Fichas emocionadas del archivo son también las que marcan la inolvidable invitación del doctor Tomás Felipe

Camacho y su realización de un paseo fantástico al Surgidero de Batabaño; la tenida de poetas en la que recitamos hasta cansarnos Porfirio Barba Jacob, Gustavo Sánchez Galarraga, Hilarión Cabrisas y yo, mi recital de la "Sala Falcón", en el que actuaron, para honra mía, Lucilo de la Peña, con sus palabras de presentación, conmovidos y rebosantes de sinceridad, el Maestro Casimiro Zertucha y la gloriosa Rita Montaner, la más bella envoltura que ha tenido la canción cubana, y aquella estupenda representación de "Los Intereses Creados" en el Principal de la Comedia, en la que, a teatro pleno, yo hacía el Crispín, Enrique García Cabrera, representaba el Magistrado, Miguel Baguer el amanuense, para lo cual se presentó, en plena escena del siglo XVII, con una maquinilla de escribir; en la que los demás papeles eran encarnados por periodistas y escritores y en la que un espectador o espectadora, en graciosa y delicada alusión a mi poema "El gatito jaspeado", me tiró al escenario un gatito, mientras yo pretendía realizar una escena culminante. El gatito quedó encandilado; yo lo tomé por el pellejo de la nuca y empecé a balancearlo, fingiendo amenazas de lanzarlo al público, lo que provocaba un balanceo de cabezas que trataban de esquivar el impacto gatuno y hacían raro compás a la cadencia de los recitados.

No he de terminar este relato, que tendrá mayor amplitud en las páginas de mi "Memorial" sin regresar al fervor de los muertos. Rubén, Julio Antonio, Antiga, Cabrisas, Lamar, Frau, Daniel Villamil, compatriota a quien he olvidado en estas crónicas, pero a quien he de recordar en otra como homenaje a su fiel y valiente amistad. Y he de recoger también la coincidencia o convergencia de los perseguidos en mis momentos más hondamente vividos de La Habana, los desterrados de ayer y los desterrados de hoy.

Honrosa semejanza guardan muchos desterrados venezolanos de 1949 con muchos desterrados venezolanos de 1925; se parecen en el ideal y en la pobreza, así como otros venezolanos

se parecen en la pobreza del ideal. No quiero llevar a lo trágico el final de estas cuartillas; quiero que ellas arriben a su término como las olas mansas, sin corcoveos trágicos y con su sal, que amarga, pero agracia. Rómulo Gallegos ha ganado más dinero con la publicación de una sola novela, sin contar ediciones sucesivas o adaptaciones cinematográficas, que en sus 9 meses de presidente de Venezuela: Luis Manuel Peñalver, médico, vice rector de la Universidad Central de Caracas, Alejandro Avila Chacón, ex Secretario de la gobernación del Distrito Federal y legislador, Braulio Jattan Dotti, César Gil, Troconis Guerrero, Bianco, Lozano, Vicente Gamboa, Malavé, miembros de la Constituyente, periodistas, trabajadores o dirigentes sindicales de primera fila, conducen su destierro como verdaderos pilotos de la pobreza, Rómulo Betancourt, el malhechor número uno, según la propaganda administrada por algunos que ayer aspiraban a ensillarle el caballo, está viviendo con la mayor estrechez económica, a pesar de los cien millones que, según las versiones autorizadas por el delegado Chalbaud, nos trajimos de Venezuela.

Y lo que fueron y la forma en que vivieron algunos de los desterrados venezolanos de 1925, se puede deducir de estas anécdotas que quiero dejar de colofón a este relato, sin que tales ejemplos, como otros que podría citar, desmientan la realidad de algunos millonarios, ya no desterrados sino prófugos, que fueron y que son.

Miguel Ramos Sucre, el "Profesor", como afectuosamente le llamábamos, es nieto de un hermano del Mariscal de Ayacucho, miembro de una ilustre familia y hombre de vasta cultura; durante su destierro fue sereno y carretillero, antes de lograr oficio más cónsono con su condición. Muchos eran los que disimulaban, presentándose con el título de "plateros" su condición de lavadores de platos. Cuando murió el coronel Agostini salimos a hacer colecta entre los compatriotas para costear los gastos de funeraria, por cierto que en tal oportunidad un